
ACTO III.

La escena representa un jardín.

ESCENA PRIMERA.

Los dos COROS, y luego BEATRIZ.

El Coro de D. Manuel viene vestido de gala, adornado de guirnal-
das, y trayendo los regalos de boda, antes indicados; el de D. César
quiere impedir la entrada.

PRIMER CORO. (*Cayetano*.)—Harás bien en dejar libre este
lugar.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*.)—Lo dejaré, si hombres más
esforzados lo piden.

PRIMER CORO. (*Cayetano*.)—Debieras saber que tu presen-
cia es aquí importuna.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*.)—Por eso me quedo, porque
te desagrado.

PRIMER CORO. (*Cayetano*.)—Este lugar es mío. ¿Quién me
lo arrebatará?

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*.)—Yo lo haré, porque yo
mando ahora.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Mi señor D. Manuel es quien me ordena venir.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Y yo estoy aquí por orden del mío.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—El más joven ha de ceder al más viejo.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—El mundo es del primero que lo ocupa.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Hombre odioso, ¡véte y despeja el campo!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—No antes de cruzar nuestras espadas.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—¿Siempre me has de estorbar en mi camino?

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Siempre que me place, salgo á tu encuentro.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—¿Qué tienes tú que escuchar y que guardar aquí?

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Nada tengo que decirte ni que contestarte.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Y yo no me digno hablarte.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Respeto, oh joven, merecen mis años.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—En valor soy yo tan experimentado como tú.

BEATRIZ. (Que sale precipitadamente.)—¡Ay de mí! ¿Qué se proponen estos hombres feroces?

PRIMER CORO. (*Cayetano.*) (Al segundo.)—Nada me cuido de tí, ni de tu aire orgulloso.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Vale más el señor, á quien yo sirvo.

BEATRIZ.—¡Oh! ¡Ay de mí, ay de mí, si llega á venir!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Tú mentes. D. Manuel es muy superior á él.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Mi señor ha logrado el triunfo en todos los combates.

BEATRIZ.—Ahora vendrá. Llegó la hora.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Si no hubiera paz, yo me haría justicia.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Si no fuese por miedo, no respetarías la paz.

BEATRIZ.—¡Ojalá estuviese él á cien leguas de aquí!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Temo la ley y no la amenaza de tus ojos.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Haces bien; la ley es el escudo del cobarde.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Comienza tú, y yo te seguiré.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Fuera está ya mi espada.

BEATRIZ. (En la mayor ansiedad.)—Vendrán á las manos, porque brillan los aceros. ¡Detenedlo, poderes celestiales, ¡suscitadle obstáculos en su camino, enredad sus pies, envolvedlo en lazos, para que no llegue en este momento! ¡Vosotros, ángeles todos, á quienes he suplicado que lo traigáis, trocad mis ruegos y llevad sus pasos lejos, muy lejos de aquí! (Entra precipitadamente. Cuando van á pelear los coros aparece D. Manuel.)

ESCENA II.

D. MANUEL y el coro.

D. MANUEL.—¿Qué veo? ¡Deteneos!

PRIMER CORO. (*Cayetano, Berenguer y Manfredo.*) (Al segundo.)—¡Avanzad, avanzad!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo, Roger é Hipólito.*)—¡Cierra con ellos, cierra con ellos!

D. MANUEL. (Que se interpone entre ambos con la espada desnuda.)—¡Deteneos!!

PRIMER CORO. (*Cayetano*.)—¡Es el Príncipe!

SEGUNDO CORO (*Bohemundo*.)—¡El hermano! ¡Haya paz!

D. MANUEL.—Tenderé en tierra muerto al primero que prosiga la pelea y al que amenace á su adversario, aunque sea sólo con los ojos. ¿Estáis locos? ¿Qué demonio os excita para avivar de nuevo la llama de la antigua discordia, que entre nosotros los Príncipes se extinguió ya para siempre?... ¿Quién comenzó la disputa? ¡Hablad! Quiero saberlo.

PRIMER CORO. (*Cayetano y Berenguer*.)—Estaban aquí...

SEGUNDO CORO. (*Roger y Bohemundo*.) (Interrampiéndolos.)—Vinieron...

D. MANUEL. (Al primer coro.)—¡Habla tú!

PRIMER CORO. (*Cayetano*.)—Llegamos aquí, señor, para traer los regalos de boda, que nos encargaste. Engalanados para una fiesta, no preparados para la guerra, como ves, caminamos en paz, no sospechando nada adverso, y fiados en la tregua concertada. Y los encontramos aquí, acampados como enemigos, y prohibiéndonos entrar por la fuerza.

D. MANUEL.—¿Ningún asilo, oh insensatos, es sagrado para vuestro furor loco y ciego? ¿Hasta en la mansión oculta de la inocencia, y para turbarla, ha de penetrar vuestro odio? (Al segundo coro.) ¡Retírate! Hay aquí misterios que no consienten tu presencia. (Al alejarse el mismo.) ¡Véte! Tu señor te lo manda por mi conducto, porque somos una sola inteligencia y una sola voluntad, y mis órdenes las tuyas... ¡Véte! (Al primer coro.) ¡Quédate tú, y guarda la entrada!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*.)—¿Qué hacemos? Los Príncipes se han reconciliado, tal es la verdad; y, sin ser llamados á intervenir en disputas y contiendas de los gran-

des, siempre y en todas ellas trae más peligro que provecho. Porque cuando están hartos de querellas, hacen recaer sobre el hombre humilde, que les sirve lealmente, el velo sangriento de la culpa, y ellos se libran de todo riesgo. Arréglense, pues, los Príncipes como les plazca; para mí es lo más prudente retirarme. (El segundo coro se va, y el primero se dirige al fondo del teatro. En el mismo instante sale Beatriz y se arroja en brazos de D. Manuel.)

ESCENA III.

BEATRIZ, D. MANUEL.

BEATRIZ.—¡Eres tú! ¡Por fin te veo!... ¡Cruel! Me has dejado largo, muy largo tiempo dudar, presa del temor y de todos los horrores... Pero no hablemos más de esto. Te veo al fin... en tus brazos amados encuentro escudo y defensa contra todos los peligros. ¡Ven! ¡Ya se fueron! Podemos huir. Partamos; partamos sin perder momento. (Intenta llevarse consigo, y lo mira con atención.) Pero ¿qué tienes! ¿Con tanta seriedad me recibes?... ¿Te arrancas de mis brazos, como si quisieras rechazarme? No eres ya el mismo... ¿Es éste Manuel, mi esposo, mi bien amado?

D. MANUEL.—¡Beatriz!

BEATRIZ.—¡No! ¡no hables! ¡Ahora no es ocasión de hablar! Huyamos, sin perder tiempo, porque la necesidad lo exige...

D. MANUEL.—¡Tranquilízate y respóndeme!

BEATRIZ.—¡Vámonos lejos de aquí! Antes que vuelvan esos hombres feroces.

D. MANUEL.—Quédate; esos nombres no nos ofenderán.

BEATRIZ.—Sin embargo, sin embargo... Tú no los conoces... ¡Oh! ¡Ven! ¡Huye!

D. MANUEL.—Protegida por mí, ¿qué puedes temer?

BEATRIZ.—¡Oh! ¡Créeme! Hay aquí hombres poderosos.

D. MANUEL.—Ninguno, oh amada mía, lo es más que yo.

BEATRIZ.—¿Tú solo contra tantos?

D. MANUEL.—Yo solo. Los hombres, á quienes tú temes...

BEATRIZ.—Tú no los conoces. Ignoras cuál es su señor.

D. MANUEL.—Ellos me sirven, y yo soy su señor.

BEATRIZ.—Tú eres... El horror llena mi alma.

D. MANUEL.—Aprende al fin á conocerme, Beatriz. Yo no soy quien tú imaginas, no un pobre y desconocido caballero, que sólo suspiraba por tu amor. Quién soy verdaderamente, cuál es mi poder y cuál mi linaje, te lo he ocultado hasta ahora.

BEATRIZ.—¿Tú no eres D. Manuel! Ay de mí, ¿quién eres tú?

D. MANUEL.—Yo me llamo Manuel... pero soy el más poderoso de cuantos se llaman así en esta ciudad; soy don Manuel, Príncipe de Mesina.

BEATRIZ.—¿D. Manuel, hermano de D. César?

D. MANUEL.—D. César es mi hermano.

BEATRIZ.—¿Es tu hermano?

D. MANUEL.—¿Esto te asusta? ¿Conoces tú á D. César? ¿Conoces á algún otro de mi familia?

BEATRIZ.—¿Eres tú D. Manuel, que odia á su hermano, y vive con él en implacable guerra?

D. MANUEL.—Nos hemos reconciliado, y desde hoy, no sólo somos hermanos por el nacimiento, sino también por el corazón.

BEATRIZ.—¿Reconciliados desde hoy?

D. MANUEL.—Dime, ¿qué significa esto? ¿Por qué tu emoción extraordinaria? ¿Conoces tú á mi familia más que por

la fama? ¿Sé yo todo tu secreto? ¿Nada me has callado ni disimulado?

BEATRIZ.—¿Qué piensas? ¿Cómo! ¿Qué querías que te confesara?

D. MANUEL.—Nunca me has hablado nada de tu madre. ¿Quién es ella? ¿La conocerías acaso, si yo te la describiera... si yo te la mostrara?

BEATRIZ.—Tú la conoces... y, conociéndola, ¿me la ocultas?

D. MANUEL.—¡Ay de ti y de mí, si yo la conozco!

BEATRIZ.—¡Oh! Es benéfica como la luz del sol. La veo delante de mí. Su imagen se me representa ahora clara, y su forma divina surge en este momento del fondo de mi alma. Rizos negros y espesos dan sombra á su cuello, blanco y elegante: yo veo el arco despejado de su frente, y el brillo de sus hermosos ojos. El acento expresivo de su voz despierta en mí...

D. MANUEL.—¡Ay de mí! ¡La pintas tal cual es!

BEATRIZ.—¡Y yo he huido de su lado! ¿Podía yo abandonarla, quizá la víspera del día, que habia de unirme á ella para siempre? ¡Oh! ¡Hasta renunció á mi madre por tí!

D. MANUEL.—La Princesa de Mesina será tu madre. Voy á llevarte á ella, porque te espera.

BEATRIZ.—¿Qué dices? ¿Tu madre y la de D. César? ¿Llevarme á ella? ¡Nunca, nunca!

D. MANUEL.—¿Tiemblas? ¿Qué significa ese terror? ¿No es mi madre para tí una persona extraña?

BEATRIZ.—Triste y deplorable descubrimiento! ¡Ojalá que no viviese yo este día!

D. MANUEL.—¿Qué puede causarte tal angustia, ahora que me conoces, y encuentras un Príncipe en un desconocido?

BEATRIZ.—Devuélveme ese desconocido, y seré feliz con él en el más árido desierto.

D. CÉSAR. (Fuera de la escena)—¡Atrás! ¿Por qué hay aquí tanta gente?

BEATRIZ.—¡Dios mío! ¡Esa voz!... ¿En dónde me escondo?

D. MANUEL.—¿Conoces tú esa voz? No; no la has oído nunca, y no puedes conocerla.

BEATRIZ.—¡Huyamos! ¡Ven; no te detengas!

D. MANUEL.—¿A qué huir? Es la voz de mi hermano, que me busca; pero extraño, á la verdad, cómo ha descubierto...

BEATRIZ.—¡Que no te vea, por todos los santos del cielo! ¡No salgas al paso de ese furioso; que no te encuentre aquí!

D. MANUEL.—¡El miedo te enloquece, amada mía! ¿No te acuerdas que te dije que nos hemos reconciliado?

BEATRIZ.—¡Oh, cielos! ¡Librame de este instante!

D. MANUEL.—¡Qué sospecha la mía! ¡Qué pensamiento! ¡Me llena de pavor!... ¿Será posible?... ¡No has extrañado su voz!... Beatriz... tú estabas... me espanta saber más... ¿tú asististe... á los funerales de mi padre?

BEATRIZ.—¡Ay de mí!

D. MANUEL.—¿Estuviste allí?

BEATRIZ.—¡No te encolerices!

D. MANUEL.—¡Estuviste, desdichada!

BEATRIZ.—Estuve en ellos.

D. MANUEL.—¡Horror!

BEATRIZ.—¡Mi curiosidad era demasiado grande! ¡Perdóname! Te confesaré que lo deseaba. Como tú, formal y enojado, no accediste á mi ruego, me callé. No sé qué astro de influjo maléfico me inspiró esa curiosidad invencible. Hube de satisfacer ese ansia vehemente de mi corazón. El viejo servidor me ayudó; te desobedecí, y realicé mi deseo. (Cállase y se inclina hacia él, mientras entra D. César, acompañado de todo el coro.)

ESCENA IV.

LOS DOS HERMANOS.—LOS DOS COROS, Y BEATRIZ.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*) (A D. César)—¡No nos crees!... ¡convéncete por tí mismo!

D. CÉSAR. (Que entra impetuosamente, y retrocede al ver á su hermano.)—¡Infernal ilusión! ¿Cómo? ¿En sus brazos? (Acercándose á D. Manuel.) ¡Vívora ponzoñosa! ¿Este es tu amor? ¿Así me engañas artificiosamente con tu reconciliación? ¡Oh! ¡Mi odio era obra de Dios! ¡Baja á los infiernos, alma de serpiente! (Le da de puñaladas.)

D. MANUEL.—¡Muero!... ¡Beatriz!... ¡hermano! (Cae y muere; Beatriz cae también desmayada á su lado.)

PRIMER CORO. (*Cayetano*)—¡Al asesino, al asesino! ¡Socorro! ¡Empuñad todos las armas! ¡Que la sangre vengue la sangre! (Todos desenvainan las espadas.)

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*)—¡Nos salvamos! ¡Terminó tan larga contienda! Mesina tendrá ahora un solo soberano.

PRIMER CORO. (*Cayetano, Berenguer, Manfredo*)—¡Venganza! ¡Venganza! ¡Muera el asesino! ¡Caiga en expiación de su crimen!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo, Roger é Hipólito*)—Nada temas, señor; nosotros te somos fieles.

D. CÉSAR. (Interponiéndose con dignidad entre ellos.)—¡Atrás!... He matado á mi enemigo, el que engañaba á mi leal corazón, el que me hizo caer en un lazo, fingiendo fraternal afecto. Mi acción parece nefanda y horrible; pero ha sido obra del cielo.

PRIMER CORO (*Cayetano*)—¡Ay de tí, Mesina! ¡Ay de tí, ay

de tí, ay de tí! Horrendo crimen se ha cometido dentro de tus muros... ¡Ay de las madres é hijos, de tus jóvenes y ancianos! ¡Ay de los no nacidos!

D. CÉSAR.—La queja es tardía... Socorred á ésta (Señalando á Beatriz.) ¡Devolvedle á la vida! Lleváosla pronto de este lugar de horror y de muerte... No puedo detenerme más tiempo, porque he de emplearlo en buscar á mi hermana robada... entregadla á mi madre en su castillo, y decidle que la envía su hijo D. César. (Vase; Beatriz, desmayada y descansando en una litera, es llevada por el segundo coro; el primero se queda junto al cadáver, con los mancebos que han traído los regalos de boda, formando círculo á su rededor.)

ESCENA V.

EL PRIMER CORO.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Decidme, porque no puedo entender ni explicarme cómo ha sucedido todo esto tan pronto. Largo tiempo hace que mi imaginación veía adelantarse á grandes pasos, como espantoso espectro, este crimen horrible y sangriento. Y, sin embargo, el terror me domina, contemplando hecho ya y cumplido, con mis propios ojos, lo que sólo columbraba á lo lejos, temeroso y lleno de ouda. Toda mi sangre se hiela en mis venas ante esta realidad espantable y resuelta.

UNO DEL CORO. (*Manfredo.*)—¡Dejad estallar los ayes y lamentos! ¡Noble joven! ¡Yace ahí inanimado, en la flor de sus años, cercado de las tinieblas de la muerte, y en el umbral de la nupcial cámara! Gemidos incesantes y profundos resuenen por ese cadáver mudo.

OTRO DEL SEGUNDO CORO. (*Cayetano.*)—Venimos, venimos

con toda pompa á recibir á la desposada; los mancebos aportan ricos vestidos, regalos de boda; preparada está la fiesta, y esperan los testigos; pero el esposo no oye, no lo despiertan los cánticos alegres, porque el sueño de los muertos es invencible.

TODO EL CORO.—Pesado y profundo es el letargo de los difuntos; jamás lo sacaré de él la voz de su prometida, ni el alegre sonido de la trompa de caza, porque yace en tierra inanimado y frío.

UN TERCERO. (*Cayetano.*)—¿Qué son las esperanzas, qué los proyectos, que forma el hombre en su flaqueza? Hoy mismo os abrazabais como hermanos, estabais unidos de corazón y de boca, y el sol, que ahora se pone, alumbraba vuestra unión, y tú yaces en el polvo, muerto á manos de tu hermano, herido en el pecho horriblemente. ¿Qué son las esperanzas; qué los proyectos del hombre, hijo efímero de las horas, cuando los levanta en engañoso suelo?

EL CORO. (*Berenquer.*)—¡Quiero llevarte con tu madre, oh fardo funesto! Derribemos esos cipreses con el hacha cortadora, para formar con sus ramas una litera. Nada vivo producirá jamás, puesto que son mortíferos sus frutos. Nunca crecerán lozanos hasta las nubes, ni darán sombra al caminante. Lo que se ha alimentado en terreno funesto, será maldito y consagrado al servicio de la muerte.

EL PRIMERO. (*Cayetano.*)—Pero ¡ay del asesino! ¡ay del que se deje dominar de rabia insensata! Tu sangre corre, corre por las grietas de la tierra. Allá abajo, en lo profundo, residen en las tinieblas, sin hablar y sin cantar, las hijas de Temis, que ni olvidan ni se engañan, y fallan en justicia. Recogen esa sangre en negros vasos, y la mueven, mezclándole tremenda expiación.

EL SEGUNDO. (*Berenquer.*)—Fácilmente se borran las huellas del crimen en la tierra alumbrada por el sol, como leve cambio en el rostro; pero nada se pierde ni des-

aparece de cuanto reciben en su seno tenebroso las horas, llenas de misterios... El tiempo es fértil tierra, la naturaleza un todo vivo, y todo es fruto, todo semilla.

EL TERCERO. (*Cayetano.*)—¡Ay, ay del asesino! ¡ay del que sembró germen de muerte! Una cosa es el crimen antes de perpetrarse, y otra después de consumado. Parécete valeroso y temerario, cuando el ánimo está excitado por el sentimiento de venganza; pero en cuanto se comete y se termina, se te presenta como espectro de pálidas mejillas. Las mismas furias infernales agitaban contra Orestes sus horrendas serpientes, y exhortaban al hijo á asesinar á su madre; y, bajo la máscara sagrada de la justicia, lo engañaron artificiosamente, hasta que llevó á cabo su criminal propósito... Pero en cuanto hirió el seno, que lo concibió y alimentó con amor, volviéronse contra él rabiosamente, y conoció entonces á esas vírgenes temibles, que se apoderan del asesino, que nunca lo abandonan, que lo torturan con mordeduras eternas, y que lo persiguen hasta el santuario de Delfos. (Vase el coro, llevándose el cuerpo de D. Manuel.)

ACTO CUARTO.

Salón con columnas. Es de noche. La escena es alumbrada por una lámpara en el techo.

ESCENA PRIMERA.

D.^a ISABEL y DIEGO entran.

ISABEL.—¿No hay noticia alguna de mis hijos, ni se sabe nada de su perdida hermana?

DIEGO.—Nada, señora! pero todo podéis esperarlo de la asiduidad y diligencia de vuestros hijos.

ISABEL.—¿Cuánta, oh Diego, es mi angustia! En mí estaba haber evitado esa desdicha.

DIEGO.—No hagáis penetrar en vuestro corazón el aguijón del remordimiento. ¿Habéis omitido acaso alguna precaución?

ISABEL.—¡Ojalá que la hubiese sacado antes de su retiro, obedeciendo á la voz poderosa de mi corazón!

DIEGO.—La prudencia os lo prohibía, é hicisteis bien; pero solo Dios sabe lo porvenir.

ISABEL.—¡Ay de mí! ¡No hay alegría completa en este